



Con la colaboración de
UNIVERSIDAD PONTIFICIA
DE SALAMANCA

SUPLEMENTO
Vida Nueva

SEI86890

EDITORIAL



El tacto

El abuso ha transformado, en la percepción común, lo que era la más delicada de las manifestaciones del amor: la caricia -la materna, la consoladora, la que despidió a los moribundos- en una expresión en sí misma sospechosa y virtualmente obscena.

Creando no sólo violencia y dolor, sino también escándalo. En este número analizaremos algunos momentos de esta transformación del sentimiento, de esta pérdida de inocencia de las más delicadas de las expresiones afectivas, con la intención, no sólo de dar voz a los débiles, a las víctimas, sino también de curar la herida infligida en nuestro modo de sentir, percibir y actuar. Los hombres también pueden hacerlo, por supuesto, tanto dentro como fuera de la Iglesia. Pero las mujeres pueden hacerlo mejor, porque tienen que entender una doble mirada, una interna y otra externa: la de las que nunca han tenido voz o reconocimiento y la de las que, habiendo conquistado a un precio muy alto la voz, son capaces de mirar, ver y comprender la mirada de los que no la tienen.

Por esta razón, en el número que trata del tema del tacto, además de repasar los numerosos episodios evangélicos relacionados con este y profundizar desde el punto de vista psicoanalítico el papel del tacto en nuestra experiencia, hemos querido reflexionar sobre el tema del abuso, es decir, el uso perverso del tacto. Recordamos las palabras de Papa Francisco durante la preparación de la reunión sobre los abusos recientemente cuando agradeció a “los periodistas que fueron honestos y objetivos al descubrir a los sacerdotes depredadores e hicieron oír las voces de las víctimas”. Como redacción de una publicación que se ocupa de las mujeres, especialmente en su relación con la Iglesia y con el mundo, no podemos dejar de apreciar la voz del Sumo Pontífice en apoyo de las víctimas y aceptar sus sugerencias en la medida de lo posible. Este número dedicado al tacto es el tercero de una serie dedicada a los cinco sentidos y a las distintas formas en que se perciben en las distintas religiones. De esta manera, hemos querido profundizar en la experiencia del tacto en el islam, analizando una serie de cultos ligados a las huellas dejadas en la piedra por el pie de Mahoma. (Anna Foa)

DONNE CHIESA MONDO

Suplemento mensual
dirigido por LUCETTA SCARAFFIA

En redacción
GIULIA GALEOTTI
SILVINA PÉREZ

Consejo de redacción

CATHERINE AUBIN
MARIELLA BALDUZZI
ANNA FOA
MARIE-LUCILE KUBACKI
RITA MBOSHU KONGO
SAMUELA PAGANI
MARGHERITA PELAJA
NICLA SPEZZATI

Esta edición especial
en castellano
(traducción de MÓNICA
ZORITA) se distribuye de forma
conjunta con VIDA NUEVA y
no se venderá por separado

www.osservatoreromano.va

El sentido cristiano del tacto

de PATRICK GOUJON

La condición carnal no se separa del cuerpo en la experiencia sensorial

La fe cristiana es una educación hacia el tacto, en la medida en que se centra en la Encarnación. Nos invita a tomar conciencia del peso de nuestro cuerpo, de nuestras atracciones, y a no creer que estamos libres, en una ilusión temerosa.

El espíritu del tiempo sopla en la dirección opuesta: las tecnologías de “sin contacto”, nada condenables, son síntomas del tono que queremos darnos a nosotros mismos. Eficacia, rapidez, independencia. El curso del sin contacto es ligero, sutil: cumple maravillosamente el sueño de una humanidad liberada de la pesadez de los cuerpos y de los riesgos del contacto. ¿No es esta una de las grandes trampas, en la que el cristianismo cae tan a menudo, demasiado dispuesto a creer que está libre del peso de los cuerpos y de los impulsos?

El cristianismo, a menudo sospechoso de despreciar el cuerpo, forzarlo o disolverlo en metáforas espirituales, ofrece un recurso asombroso para pensar en la articulación del tacto y lo intangible. Los relatos evangélicos, subvirtiendo la categoría religiosa de intocable, que separaría lo sagrado de lo impuro, nos hacen experimentar lo que en nuestra existencia está relacionado con lo intangible, y ya no se presenta como una prohibición sino como un límite, la condición para el surgimiento de relaciones justas y de palabras verdaderas, con lo que iniciamos las tradiciones espirituales del cristianismo.

Saturados de discursos publicitarios, imágenes, y hazañas técnicas, nuestra imaginación está dirigida a soñar con una existencia diferente a la que nos enraiza en las experiencias más básicas de nuestra condición terrenal. No arrojemos la piedra demasiado pronto contra este mundo técnico-comercial que podría volver a lanzarla en el jardín de nuestras concepciones de la vida espiritual y cristiana. Nuestra vida tiene un peso y nuestro tacto es el primero que nos lo hace sentir. Ahora, el cristianismo nutre un sentido táctil de la existencia. Creer en Jesucristo resucitado puede evitar que perdamos el contacto unos con otros, sin actitud depredadora. La fe cristiana ejercita el tacto. Esta afirmación choca con la objeción al cristianismo de tener un toque más descartado que promovido, o de haberlo pervertido a favor de depredadores cubiertos por una institución silenciosa y culpable. El tacto ocupa un lugar crucial en la fe cristiana. Lo mueve y lo vuelve a elaborar. El cristianismo ofrece un arte de avanzar a través de los obstáculos de la vida, al mismo tiempo tentador y con tacto.

El cristianismo todavía sufre por su moral hipócrita en la que el tacto sólo puede venir de haber sucumbido a la tentación de la atracción sensual de la carne y llevarla de vuelta a ella. El tacto en el cristianismo no es objeto de prohibiciones, pero no es ilimitado.

Jesús toca y se deja tocar. Toca para curar, como un curandero de su época. No sólo impone sus manos en un gesto ritualizado, sino que también toca los ojos, pone los dedos en las orejas y toca la lengua (cf. Mc 7). Jesús se deja tocar en la multitud, pero también en la escena, contada de otra manera en los evangelios, llamada “la unción de Betania”. Lucas escribe: “Entonces una mujer pecadora que vivía en la ciudad, al enterarse de que Jesús estaba comiendo en casa del fariseo, se presentó con un frasco de perfume. Y colocándose detrás de él, se puso a llorar a sus pies y comenzó a bañarlos con sus lágrimas; los secaba con sus cabellos, los cubría de besos y los ungía con perfume” (Lucas 7, 37-38). Se sabe que toda tradición de lectura figurativa evita la cuestión del tacto o reduce esos gestos a signos de afecto. Hoy se es más sensibles al no metaforizar el significado de esta escena, sino al comprender el significado simbólico de los gestos que la historia evangélica presenta como no figurativos. Si hay actitudes de arrepentimiento y conversión, éstas son parte de una relación sexual entre un hombre y una mujer, una relación expresada en el registro del tacto y el olfato. La abundancia de besos y lágrimas derramadas sin vacilación y aceptadas sin reticencias indican la intensidad de una escena donde el cuerpo es la manifestación de un deseo de encuentro.

La escena no conduce a ninguna usurpación que no sea la del perdón. Lejos de condenarla por la ley o tenerla en sus brazos, Cristo restaura a esta mujer a su integridad sin tocarla ni hacerla intocable. El perdón tiene lugar en el espacio redescubierto de la propia libertad, expresada aquí por la pasividad de Cristo: dejándose tocar, absuelve. Sin imponer sus manos, ni ningún otro contacto, con una sola palabra liberadora, porque Cristo permanece en el papel en el que se le ha reconocido, respetado por esta mujer con reputación de pecadora. Sin ceder a la sensualidad que sus gestos podrían despertar –como en los ojos del fariseo–, Cristo devuelve a esta mujer su capacidad de amar libremente. El tacto no debe ser interpretado metafóricamente, sino como lugar donde la experiencia sensorial, ambivalente o indeterminada, pasa a relaciones benévolas y saludables. El tacto corporal tiene sentido. Las palabras de Cristo lo simbolizan. Tocando, esta mujer no se pierde más: Cristo no la deja ahí donde ella se hacía tener. Gracias a él, descubre la puerta por la que pasa su libertad: “¡Ve!”.

En la resurrección nos sorprenden dos escenas: la aparición a María Magdalena y el encuentro con Tomás. Vienen una después de la otra en el Evangelio de San Juan, en el capítulo 20, a través del primer encuentro del Resucitado con los discípulos. Se traza una secuencia. A María, que se vuelve hacia él, Jesús le dice: “No

me detengas”, *noli me tangere*. Advertidos por María Magdalena, los discípulos se encuentran con Jesús que les muestra sus manos y sus heridas. Tomás, ausente en este encuentro, dijo que no lo creería hasta que no hubiera puesto sus manos en el costado de Cristo. Jesús, volviendo por segunda vez, invita a Tomás a hacerlo: “Pon tu dedo aquí y mira mis manos, estira tu mano, y ponla en mi costado”. El contraste entre estas dos escenas impide decir que Cristo resucitado no puede ser tocado. Parece que María no puede retenerlo, pero a Tomás se le invita a tocarlo. La resurrección no reintroduce la prohibición del tacto, como si la divinización de la carne la hiciera intocable. Sería redescubrir la otra función del intocable, que esta vez ya no designa lo impuro sino lo divino, lo sagrado. Como Jesús resucita, invita a Tomás a hundir sus dedos en su herida y así el tacto permanece en el orden de lo que es posible y lo que está permitido. Tomás, oyendo hablar a Jesús, invitándole a tocarlo y a dejar de ser incrédulo, no hundirá su mano en la herida. Exclamará “mi Señor y mi Dios”, el auténtico anuncio de la fe en la resurrección de Jesús. En cuanto a María, deja que Jesús se vaya y después se va ella.

Tomás, sin Cristo que le coja la mano, no lo toca: el mismo pone un límite al tocar. Se abstiene. ¿Qué es lo que no tocó? Las heridas, los estigmas, los signos a través de los cuales se reconoce al condenado a muerte, pero cuyo cuerpo, que habla, es el de una persona viva. El discurso del Resucitado a María Magdalena había explicado este significado. El vivo no se detiene. La vida es un pasaje que puede llevar a la realización. El límite de la muerte, marcado por las heridas en el cuerpo que se pueden tocar, ya no es el cierre de la existencia individual sino un pasaje. “No me retengas, porque todavía no he subido al Padre. Ve a decir a mis hermanos: «Subo

a mi Padre, el Padre de ustedes; a mi Dios, el Dios de ustedes»” Retener al resucitado impediría el paso del cumplimiento, paso que no es sólo de Jesús, sino de sus hermanos y hermanas. Lo intangible es la condición para realizar el cumplimiento, la posibilidad del movimiento para quien sería un obstáculo el tacto que lo retiene.

A través de la articulación de lo tocable y lo intangible, lo único que cuenta es el sentido: no la presencia del cuerpo del Resucitado, visible, tocable, sino el pasaje al que Cristo conduce a través de su cuerpo y de su palabra. La fe en el Resucitado nos hace descubrir que ignoramos la extensión de nuestro cuerpo: el cuerpo es más de lo que vemos y tocamos. Nos lleva al Padre, donde se manifiesta que estamos llamados a las relaciones fraternas.

Escondido en una cierta vulgata del cristianismo, el cuerpo es el lugar de nacimiento de la palabra creyente. El cuerpo habla a Dios, pero también habla de él.

La lectura del Cantar de los Cantares ha alimentado una larga tradición cristiana: Bernardo di Chiaravalle, Teresa de Ávila, Juan de la Cruz, por citar los más famosos. El lenguaje de amor del Cantar se inventa a nivel del cuerpo que se despierta al contacto de la creación y los amantes. “Paloma escondida en los pliegues de la roca”, gacela, cervato, cabra, oveja, tórtola, pero también manzana, lirio, viña. Más que un repertorio, la profusión de metáforas genera un ritmo: el poder de la sensación no se hunde en el caos de los sentidos, sino que hace surgir una palabra de reconocimiento entre los amantes. La explosión de los sentidos está ordenada por la afirmación del sentido: el deseo es “tan fuerte como la muerte”, palabras con las que se cierra el poema para afirmar su carácter indestructible. Este libro bíblico impresiona por sus resonancias sexuales. En la habitación, la joven sueña: “Mi amado pasó la mano por la abertura de la



La ternura es curativa

La poeta rusa dice que “estar con Juan Pablo II fue la experiencia de mi vida”

de ADALBERTO MAINARDI

Nacida en 1949 en Moscú, Ol'ga Aleksandrovna Sedakova es una de las voces más profundas y originales de la poesía rusa contemporánea. Sus obras han sido traducidas a una quincena de lenguas, entre ellas en italiano. “Solo nel fuoco si semina il fuoco. Poesie” (Qiqajon 2008) y “Apologia della ragione” (La Casa di Matriona 2011).

En su libro sobre Rembrandt, Viaje con los ojos cerrados (publicado en San Petersburgo en 2016), me impresionó mucho su hipótesis, a saber, que este pintor veía con el tacto, casi como un ciego, y el vínculo secreto, casi autobiográfico, que establece con el destino del poeta. En cuanto a Homero, la vocación poética implica una especie de ceguera o una mirada diferente de las cosas. ¿Cómo ves a un poeta? ¿Cómo percibes la realidad?

Las nuevas fronteras del arte, el foto-realismo, por ejemplo, a menudo nos muestran una realidad repugnante y muerta. Y eso es porque sólo lo ven con sus ojos, como una especie de aparato óptico. Es una especie de experimento. Pero en verdad no vemos sólo con los ojos, o no sólo con los ojos. La memoria, la empatía, la imaginación están incluidas en nuestra mirada. No vemos contornos vacíos en el vacío o en una pantalla, sino espacio, relaciones de atracción o repulsión, energías en movimiento. En cierto modo, vemos el frío y el calor. Vemos, por supuesto, en un sentido ligeramente diferente que el puramente óptico. Veamos si lo que oímos existe. Y eso es lo más importante. La gente en el torbellino de la vida cotidiana no le presta atención. Pero el poeta, cuando es poeta, puede verlo.

“La ternura es curativa”. Un filósofo ortodoxo, Aleksandr Filonenko, citando este verso suyo (del Viaje a China), habló de la “revolución de la ternura” del Papa Francisco, argumentando que, sin ternura incluso la autoridad en la Iglesia se convierte en algo terrible. ¿Qué opina?

No creo que la ternura esté inevitablemente ligada al principio femenino. La mayoría de las veces, y es natural, se ve en la actitud maternal. Pero la imagen más profunda de ternura para mí son las manos del padre en la espalda del hijo pródigo en Rembrandt. Creo que la autoridad sin ternura es terrible. Incluso el amor, si no está empapado en ternura, puede dar miedo. La ternura no sólo se refiere al objeto al que se dirige, sino también al sujeto que la ejerce, y le exige mucho. A su



Ol'ga Aleksandrovna Sedakova

manera también ama a lo desenfrenado, a lo autoritario, a lo apasionado: pero para mostrar ternura por algo, un hombre así nunca podrá hacerlo. Por eso hablo de la ternura como una cura. Puede ser tierno si está sano, si no está preocupado por sí mismo. Además, el amor descrito por San Pablo (en 1 Corintios 13) es sin duda también ternura.

En uno de los primeros capítulos del Dr. Zhivago, en la noche de Navidad, el protagonista se lanza en un trineo bajo una ventana donde brilla una vela, un presentimiento o el comienzo de su vocación poética: “Una vela ardía en la mesa. Una vela ardía”. Este poema me recuerda a una de sus letras, “Burning Invisible Flame”. ¿Cómo surgió en usted la vocación poética? ¿Y cómo apareció el sentimiento de fe?

No podría hablar de la vela de Zhivago. Es más bien un lugar, una cierta luz, el clima. A finales de otoño, la llanura rusa, mal tiempo, frío, un camino intransitable y lleno de baches; y un viento fuerte. Como en el fin del mundo. Pasaré 15 años, en esta carretera sola. Y es toda esa miseria y desolación: quién eres, de dónde vienes, porque no se sabe y no hay necesidad de saber. De repente -no entre todo esto, sino precisamente en esto- se revela una libertad increíble: como si no fuera el fin, sino el centro del mundo. Desde este centro se puede ver lo que se quiere, se puede sentir la brisa de algún gran futuro eterno. Esta brisa es lo que para mí resonaba en aquellos versos que por primera vez reconocí como míos (escribí incluso antes, pero las imitaciones de la escuela no valen nada). Y cada vez que siento la

La rosa salvaje

*Y te desplegarás en el corazón ampliado de la pasión, rosa salvaje, joh, jardín plagado de la creación!
Rosa salvaje y blanca, más blanca que cualquier flor. Quien quiera que te nombre convencerá hasta a Job.
Pero no hablo, haciendo desaparecer de la mente la mirada amada sin quitar los ojos, sin quitar las manos del seto.
La rosa salvaje se va, jardinero severo, que no conoce el miedo, con la corola púrpura, plaga oculta de compasión, bajo la camisa blanca.*

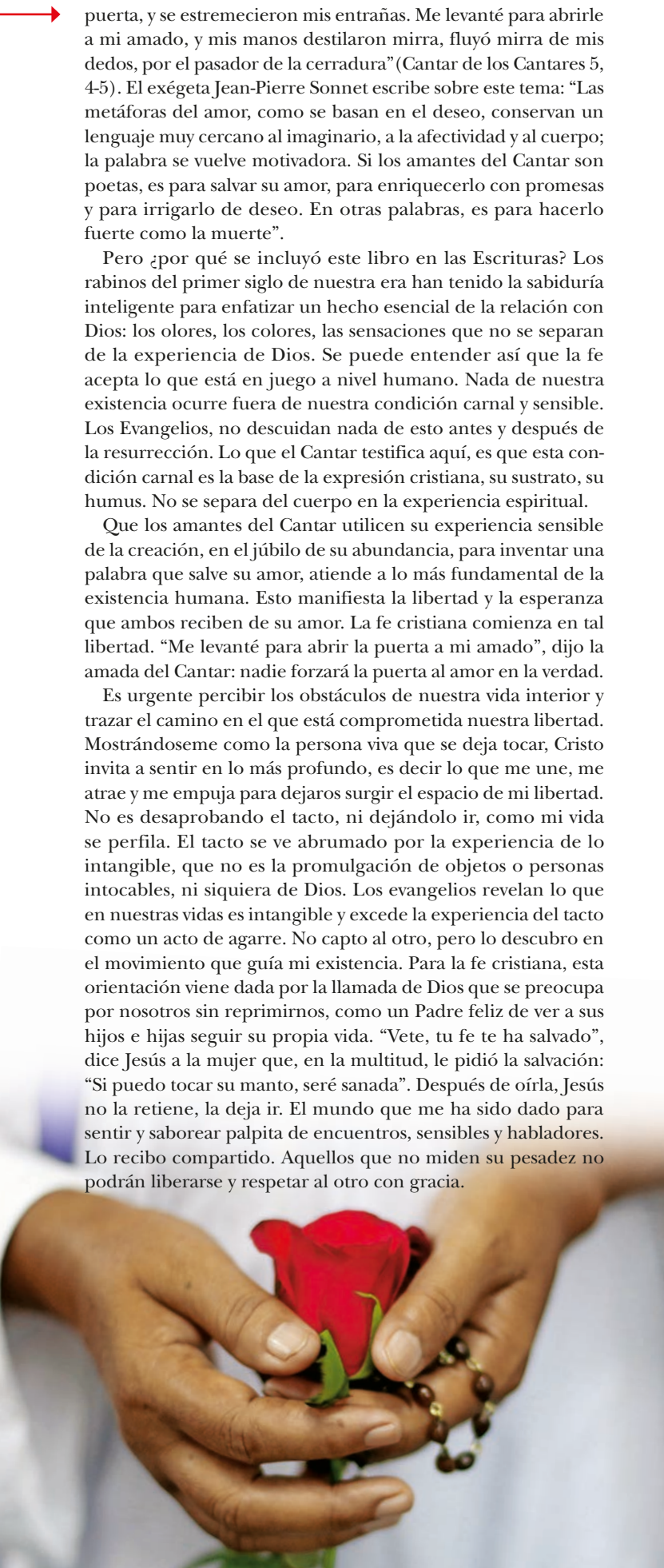
proximidad de la poesía, es como si me encontrara de nuevo en esa calle vacía e inhóspita. “Olvidado e inútil / bueno para nadie / para grandes escaleras / para descender a la oscuridad profunda”. El sentimiento de fe desde la infancia ha estado ligado a mí, como en los versículos que él recordaba, con el fuego: la vela, la luz. Pero hay muchas, muchas diferentes, a diferencia de la vela solitaria de Pasternak. Y tenemos que seguir así: verter el aceite, enderezar la mecha.

Si no me equivoco, ha sido la única poeta que ha recibido el premio Solov'ev, instituido por Juan Pablo II. ¿Qué podría o le gustaría decir sobre este papa, que también fue poeta?

Sí, fui la primera y la última en recibir el premio Raíces Cristianas de Europa en 1999. El encuentro con Juan Pablo II -me encontré con él en cuatro ocasiones y en cada una de ellas la conversación duró bastante- fue el gran acontecimiento de mi vida. Él había leído mis versos con cuidado, me lo dijo la segunda vez que nos vimos. Lo que inmediatamente impresionaba de él era la fuerza y la integridad de su fe. Una fe que se hacía incesantemente silenciosa en la oración. Y de nuevo, cómo honraba a la gente. Se dirigió a cada uno como si quisiera saber algo de él, algo importante y necesario para sí mismo. En realidad, nunca he visto algo así en otros guías espirituales. Normalmente están listos para ayudarte, para enseñarte, pero no necesitan nada de ti. Ahora ya se ha reconocido la santidad de Juan Pablo II, pero incluso antes ya era imposible no sentir este elemento de santidad.

Su último libro, Las lágrimas de María Magdalena (publicado en Kiev en 2017), está dedicado a la poética de los cantos litúrgicos bizantinos y eslavos. Anna Achmatova y Marina Cvetaeva, entre otras, escribieron sobre María Magdalena.

Y Boris Pasternak. Su Magdalena poética y lo que se dice de él en el Dr. Zhivago son mis favoritos en la poesía rusa. Pocas personas reconocen a Magdalena en mi Rosa salvaje, pero ella pronuncia estos versos. El episodio del encuentro con el jardinero después de la resurrección es para mí uno de los más conmovedores de todo el Nuevo Testamento.





Primera y última caricia

El ciclo de la existencia humana comienza y termina con el mismo gesto

de SILVIA VEGETTI FINZI

De los cinco sentidos, el tacto es el último. En nuestro mundo la vista y el oído están en los pisos más nobles; el olfato y el gusto están confinados en los planos inferiores, mientras que el quinto y último sentido, el tacto, está relegado al sótano. Pero, como veremos, el hecho mismo de pertenecer a la dimensión de lo infame lo hace susceptible a un proceso de reubicación que lo eleva a las alturas de lo sublime.

En primer lugar, una paradoja: las sensaciones táctiles nos llegan a través de la piel, el órgano más grande del cuerpo humano. Incluso cuando se involucra intencionalmente, el tacto no sólo recibe poca información de los objetos, sino que también tiene poca capacidad para procesarlos, para traducirlos en palabras, para compartírselos. Mientras que los psicólogos cognitivos han identificado varios tipos de inteligencia según el sentido predominante para el que existe la inteligencia visual, verbal y auditiva, nunca se menciona la inteligencia táctil, ni se recuerda a los artistas especialmente dotados en este sentido. Sabemos que Miguel Ángel tenía una relación corporal y táctil con el mármol que estaba moldeando, solía acariciar las superficies lisas o ásperas de las estatuas como si fueran la epidermis o la ropa de un ser vivo que no tenían, como el Moisés, ahora en la iglesia romana de San Pietro in Vincoli, sólo la palabra.

A pesar del extraordinario tamaño de las áreas cerebrales reservadas para la mano y la boca, el tacto sigue siendo para nosotros un sentido poco explorado y poco utilizado, un potencial que no evoluciona con la edad ni se perfecciona con la cultura. Incluso la medicina, con Galeno había descrito analíticamente la anatomía y fisiología del cuerpo humano, se han tratado muy poco las funciones y patologías del tacto.

Sabemos que es muy peligroso nacer privados de este sentido y que la supervivencia misma está en peligro. Pero, tal vez porque ocurre raramente, esa patología queda relegada al campo de los especialistas, sin implicar una opinión común. Mientras que la ceguera, la sordera y el mutismo son patologías conocidas, investigadas y representadas hasta convertirse en un conocimiento compartido que alimenta toda una serie de metáforas y alegorías (basta pensar en la expresión “emocionalmente sordo” o en la diosa Fortuna con los ojos vendados), la patología que impide establecer un contacto táctil con los objetos sigue siendo una eventualidad remota, un problema que sólo afecta a especialistas.

Sin embargo, depende del tacto establecer el primer contacto inmunológico, el más inmediato con el mundo, informándonos en contacto directo sobre lo que puede arder, picar, cortar, que es bueno o malo para nosotros, que puede ser tocado con placer o huir con miedo. En los últimos años, las sustancias que se utilizan a diario, como los detergentes, el látex, los cosméticos e incluso los elementos naturales, como la fruta tratada con fungicidas, son a menudo perjudiciales para las membranas mucosas de la piel. La dermatitis de contacto parece ser una enfermedad cada vez más común y el uso de guantes es ahora una forma habitual de tocar las cosas sin ser tocados, tanto es así que, al final, para una inversión especular de las relaciones, los intocables somos nosotros.

Sin embargo, a pesar de que las experiencias táctiles son necesarias para nuestra integridad, en la vida cotidiana marcada por la superficialidad y la prisa, los mensajes que nos envía el tacto a menudo se pasan por alto y se ignoran las señales de alarma. Tanto es así que, hasta que no hay advertencias de peligro grave, el tacto parece estar sujeto a algún tipo de anestesia local.

Lo mismo sucede con los contactos agradables como vestir ropa suave, sentir la arena caliente de la playa sobre la piel, la ola fresca del mar, el viento soplando, acariciar el pelo suave de un gato, pasarse por los dedos los pétalos de una flor o seguir con el cuerpo las líneas sinuosas de una roca, son percepciones que a menudo se experimentan sin pensar, eventos marginales que no requieren atención, no involucran la conciencia, no activan la memoria.

Pero no sólo se hace caso omiso a la información procedente del exterior, sino también a los estímulos endógenos que nos llegan desde el interior del cuerpo. Es cada vez más común que una mujer embarazada no se percate de los movimientos del feto o que sin querer ignore los signos de incomodidad que le envía un órgano enfermo. Nos comportamos con las sensaciones endógenas como si hubiéramos desprendido la espina que conecta el cuerpo con la mente.

Sólo los artistas pueden captar las resonancias secretas del cuerpo, incluso las del tacto, traducirlas en símbolos y comunicar a los demás las emociones que despiertan. Paradójicamente, es más fácil para nosotros “sentir” a través de la obra de arte que en la realidad. Incluso cuando el placer táctil es percibido y apreciado, es difícil darle una palabra, comunicarlo, compartirlo. La mayoría de las veces, cuando el contacto con las cosas nos da una impresión intensa o sorprendente, se dice a los que están cerca de nosotros: “toca, siente tú también”.

La proximidad y la inmediatez me parecen las principales características del tacto, lo que lo hace al mismo tiempo infame y sublime. El aparato táctil, de hecho, que percibe el objeto sólo por contacto directo entre las dos superficies, la piel y la cosa, a diferencia de la vista y el oído, no se beneficia de los mediadores. Podemos recibir información de cualquier rincón del mundo, ver y escuchar a los que están en el espacio o en el fondo del océano, pero de ninguna manera podemos compartir percepciones táctiles, que no implican mediación, no permiten transferencias. Mientras que un sonido se puede escuchar en silencio y sólo en el vacío se puede ver una señal, ¿cuál es el fondo del tacto?

El tacto es un sentido descontextualizado, desorientado, que requiere otra información, no siendo exhaustivo. Aunque estamos acostumbrados a escuchar sonidos y a ver imágenes al tiempo, la información táctil la recibimos de una en una. Por esta razón, el tacto en la era de las telecomunicaciones se queda en la tierra, como hecho de material pesado. Mientras que la comercialización de las diversas formas de comunicación sensorial favorece la manipulación de los mensajes, a menudo utilizados por la publicidad para sugerir y condicionar actitudes y comportamientos, el tacto, el más discreto de los sentidos, no participa en ello, quedando relegado en su mayor parte a lo privado, lo íntimo, lo sensible, lo tácito.

Ignorado por la sociedad porque es considerado superfluo, marginado por la mente por irrelevante, se reserva sobre todo a los competentes: a los que valoran los tejidos, los cosméticos, los alimentos, la amabilidad de los objetos de uso. O a los médicos que todavía recurren, siguiendo una tradición centenaria, a la palpación del cuerpo enfermo. El tacto nunca ha gozado de prestigio.

Aristóteles en *Acerca del Alma* lo considera como una facultad nutritiva y creciente, orientada a la supervivencia del individuo y de la especie, que todos los seres vivos poseen y que por lo tanto no es específicamente humana. Sorprendentemente, sin embargo, atribuye el placer sexual al tacto. ¿Cuál es el punto de esta conexión inesperada? Por supuesto, no para valorar el tacto, sino para devaluar la sexualidad. Al degradar el placer sexual a una simple función táctil, Aristóteles pretende de hecho purificar el alma, que Platón consideraba activada por el deseo erótico y perturbada por sus contradicciones, para consagrarla al servicio de las instancias superiores del conocimiento y de la virtud. Una operación teórica decisiva que separa y contrasta el cuerpo y el alma, que será confirmada por Galeno y aceptada durante siglos por el pensamiento filosófico y científico dominante.

Tendremos que esperar a Freud para que reconozca la función energética de la sexualidad, que Platón le atribuyó, para admitir que el pensamiento surge del sustrato de los impulsos sexuales a través del deseo, en una mezcla de psique y soma nunca resuelta de una vez por todas. Para Aristóteles, en cambio, el alma puede o debe liberarse de la sexualidad para guiar al hombre hacia su más alta realización. Los placeres de la vista y del oído, de alguna manera incorpóreos, participan en el alma, los del tacto en cambio, vinculados a la materialidad del contacto, el roce mecánico de los órganos, son propios de las bestias y de los esclavos. Sin embargo, por degradado que sea, tal vez por degradado, el toque mantiene para Aristóteles una relación privilegiada con la verdad. En general, los sentidos no mienten, porque devuelven datos directos, objetivos y reales.

Al tacto, como una sensación pura separada del pensamiento, uno le pide la prueba de la verdad. Aunque esta verdad se paga con el empobrecimiento extremo de la experiencia, reducido a la mera recepción de estímulos somáticos. Es cierto que podemos ignorar tener una piedra en el zapato, pero el contacto con el otro siempre está lleno de intensidad. No necesitamos objetos sino afecto, y el deseo, según Lacan, es siempre el deseo del otro, el deseo del amor, aunque se exprese en las formas destructivas del odio.

En el juego de intercambios estamos comprometidos, tanto en la percepción física, táctil, como en la percepción del otro (así que, si yo te siento, tú me sientes), como en su función traducida, en las relaciones comunicativas de la psique. Es casi imposible separar las dos funciones del tacto, como sensación y como relación. Es significa-





tivo que las emociones se expresen a través de la piel, el órgano del tacto. Al ver un rostro pálido o sonrojado, a menudo deducimos su estado afectivo. Pero más aún es que el lenguaje atribuya al tacto, el más concreto de los sentidos, precisamente las funciones mentales más exquisitas, aquellas particularmente difíciles de definir y compartir expresiones como “tocar”, “sufrir sobre la propia piel”, “sentir una sensación de piel”, “sentir en contacto”, “tocar con la mano”, aluden a operaciones mentales inefables, las más alejadas de la esfera de los sentidos y las más capaces de expresarla.

Pero si consideramos la experiencia táctil como un todo y seguimos su desarrollo a lo largo de la vida, vemos que emerge del sustrato vital que da inicio a la existencia: el cuerpo de la madre de donde proviene todo. El primer órgano que se forma a medida que evoluciona a partir de la “hoja embrionaria” es la propia piel e incluso antes de que hayan transcurrido los dos meses de gestación, el feto ya ha adquirido sensibilidad táctil. Todavía no tiene ojos ni orejas, pero su piel ya está desarrollada. Como un embalaje, lo contiene durante los nueve meses de existencia acuática y, después del parto, se adapta inmediatamente a la atmósfera aérea, mucho más compleja. A partir de entonces, la piel será el principal medio de comunicación entre el mundo interior y el exterior, en ambas direcciones: del cuerpo y la mente y de la mente al cuerpo. Por un lado, la piel envía a la mente información esencial para nuestra capacidad de sobrevivir y conocer el mundo. Por otro lado, como enseña la medicina psicosomática, la mente revela en positivo y en negativo, sus desequilibrios emocionales.

La piel es un lenguaje y como cualquier otro idioma, requiere un interlocutor. Para todos, el primer interlocutor es la madre. Cuando se trata del mundo, el recién nacido ha funcionado simbióticamente con el cuerpo

materno y su mente se ha formado potencialmente a través de una interacción secreta con el de la madre.

A diferencia de los humanos, la madre de otros mamíferos continúa la relación de la piel con su cachorro incluso después de nacer lamiéndolo completamente. No se trata sólo de limpiarlo de los residuos embrionarios, sino de estimular las funciones que los órganos tendrán que asumir. El contacto de la lengua materna es una especie de estímulo que da paso al sistema respiratorio, gástrico y genitourinario del niño. Si esto no ocurre, si falta un roce prolongado, el cachorro muere. No sabemos por qué ni cuándo los mamíferos humanos han perdido esa conducta esencial, pero de hecho, para nosotros, el contacto entre madre e hijo está cada vez más mediado por la vista y el habla a expensas del contacto directo. Sin embargo, sabemos que satisface las necesidades más instintivas de los recién nacidos que no pueden ser muy diferentes de las de los primates, los simios superiores.

El encuentro con el invitado más esperado suele pasar desapercibido, a pesar de ser un momento fundamental para la identidad y la relación de ambos. Cuando nace un niño, nace una madre, pero para que esto suceda es necesario que la unidad biológica previa se restablezca fuera, y que la fractura del nacimiento se reúna en un abrazo donde la caricia, reemplazando la lamida de los animales, inaugure la vida en común.

El primer cara a cara de la madre y el niño concluye tras una espera de nueve meses. Cada mujer, como cada hembra de un mamífero, posee inconscientemente una imagen del niño, una precognición de su producto generativo. Si éstos eran antes un objeto de deseo de otros, a partir de ahora será un sujeto, con los derechos que sabremos atribuirle. Cuando un recién nacido es acogido en la sociedad civil y en la comunidad religiosa, ya es una persona, porque su madre lo ha reconocido

como tal, atribuyéndole la ciudadanía fundamental que lo inscribe en la humanidad.

Como no hay posibilidad de intercambio verbal, esta comunicación sigue otros caminos: el tacto, el olfato, la vista. Durante la lactancia, la madre y el niño se miran el uno al otro con una intensidad extraordinaria y llevan a cabo un proceso de exploración táctil mutua. Las manos del bebé tocan el pecho y la cara de la madre con movimientos más orientados y seguros, mientras que las manos de la madre acarician su cabeza, presionan su boca contra su pezón y siguen el suave perfil de sus mejillas con un dedo. Así, el niño aprende a conocer su propia piel y la del otro, la adhesión y separación. En este sentido, la relación entre madre e hijo es el prototipo de todos los lazos emocionales posteriores.

¿Alguna vez has notado que, en situaciones desesperadas, la gente se abraza a sí misma? Y, en otras culturas, para consolarse, ¿los fieles desgranar el rosario entre sus dedos o tocan un objeto considerado sagrado? Pero tocar siempre implica ser tocado, una reciprocidad que sólo el amor recíproco puede lograr. Es por eso que nunca como cuando se está enamorado se siente uno a sí mismo, auténtico y comprendido. Y nada como los abrazos y caricias evoca las primeras y decisivas experiencias afectivas, recuerda esos sentimientos de intimidad y abandono que expresan la parte femenina de la sexualidad, la más oculta, la más preciosa, la que sobrevive al envejecimiento, que perdura en el tiempo.

La identidad según Freud es ante todo un yo-cuerpo, el resultado de la interacción con el cuerpo de otro, ante todo la madre. Sus caricias definen los límites entre el mundo interior y el exterior, el que se extiende más allá de mi piel, listo para ser explorado, manipulado, controlado y poseído por la mano, que actúa como vínculo entre el yo y el mío.

Se dice que el apretón de manos sirve para asegurar que uno está desarmado o, en otras palabras, que la hostilidad con la que el hombre siempre se enfrenta a otro hombre se ha asentado. Pero quizás haya algo más: el apretón de manos, así como el beso, significan un pacto de alianza, así como no beligerancia, una promesa de armonía que nada como el contacto con la piel puede atestiguar. Por supuesto que las traiciones siempre son posibles, como nos recuerda el beso de Judas, pero por lo general el contacto con la piel es una buena fórmula de bienvenida. Por otro lado, la condena a la intocabilidad (como la última y más despreciativa de las castas indias, la de los intocables) representa el desprecio más violento y radical del otro.

Aunque nuestra cultura se basa en los valores de la relación (libertad, igualdad, fraternidad), las relaciones humanas son siempre problemáticas. De una manera u otra, está el dilema de la distancia que hay que tomar hacia el prójimo. Cada cultura tiene diferentes medidas del espacio a interponer entre cuerpo y cuerpo, y el impacto más fuerte con el mundo asiático es para el viajero, la impresión amenazante de una excesiva proximidad.

Dentro de ciertos estándares se pide a uno que actúe con tacto, que se acerque al otro lo suficiente para comprenderlo y que se mantenga alejado lo suficiente como para no lastimarlo. Se trata de un problema cuanto menos relevante en un momento en que el mundo se ha vuelto pequeño y las distancias parecen haber sido anuladas por los medios de comunicación. Por muy exhaustivos que sean los contactos a distancia, no establecen una verdadera reunión. Un número infinito de personas se comunican en la red y a menudo los usuarios establecen relaciones de amistad y también de amor. Pero cuando en realidad se encuentran y esperan volver a encontrarse, lo más frecuente es que se vean afectados por una dolorosa sensación de extrañeza. Los cuerpos no corresponden a su simulacro y, una vez más, el tacto exige una función de verdad.

Funciones tan difíciles de definir que nos hacen decir que una experiencia inefable “ha sido conmovedora”, como si no hubiera palabras adecuadas y, por tanto, la difícil tarea de expresar la profundidad del sentimiento humano se refiere a los sentidos más modestos. Si consideramos la capacidad del tacto para orientar nuestras conductas cognitivas y afectivas, podemos decir que no tenemos, sino que somos nuestro tacto, el recuerdo de los contactos que hemos experimentado a lo largo de la vida y que nos han moldeado profundamente.

Una vida que comienza con una caricia y termina con una caricia. A menudo, cuando en la ceremonia de despedida faltan palabras para decir las emociones y el otro se aleja en silencio, la soledad del moribundo se ve interrumpida por una última, delicada e interminable caricia. El único capaz de alcanzarlo donde está, aparentemente cerca pero infinitamente lejos. El ciclo de la existencia termina con el mismo gesto, primero de acogida y luego de partida. Un contacto que atestigua la capacidad del sentimiento humano para comunicarse con el cuerpo, más allá del cuerpo.



La huella perfecta

de LUCA PATRIZI

Venerar las reliquias de Mahoma está ligado a la difusión de la civilización islámica

En la ciudad santa de Jerusalén, dos lugares llevan el rastro indeleble de la repentina irrupción de lo sagrado impreso en la roca. En el primero se venera la huella sagrada que dejó Jesús en el momento de su ascensión al cielo, de la que cristianos y musulmanes esperan la culminación con el regreso de Jesús al final de los tiempos.

Ya en el siglo IV se construyó una basílica cristiana para proteger esta huella. Cada año, en el día de la Ascensión, diferentes comunidades cristianas se reúnen para recordar el acontecimiento y venerar la huella sagrada.

El segundo lugar, a poca distancia del primero, en la zona donde estaba el antiguo Templo de Jerusalén y ahora está la Cúpula de la Roca. Aquí se venera la huella sagrada impresa por Mahoma, el profeta del islam, en el momento de su ascensión al cielo, seis siglos después de la de Jesús. Según la tradición islámica, Mahoma viajó de La Meca a Jerusalén con el caballo Buraq, un caballo celestial que se movió tan rápido que puso su pazuña “en el punto más lejano que el ojo pueda ver”. Aunque La Meca es el centro del mundo en la geografía sagrada islámica, fue necesario que Mahoma llegara a Jerusalén para emprender su ascenso a la Puerta del Cielo. Según la creencia islámica, cuando el Buraq llegó a la Roca, colocó su pazuña y dejó una huella en la piedra. Mahoma se bajó de su caballo, y cuando comenzó su ascenso a la Roca quiso escalar con él gracias a la intervención del ángel Gabriel, dejando la huella de su mano. La huella de Mahoma fue grabada en la piedra, donde se ve un relicario de metal dorado con una pequeña puerta y rematado por una cúpula, construida en la esquina su-deste de la Roca en 1609 por el sultán otomano Ahmed. La piedra está engastada en una estructura de mármol blanco con una inscripción caligráfica en relieve que dice “Muhammad es el mensajero de Dios”.

En la imaginería simbólica común a las tres religiones abrahámicas, estas dos ascensiones tuvieron lugar a lo largo de la escalera de Jacob. El arte islámico ha representado a menudo la impresión terrestre o las huellas sagradas de Jerusalén.

La tradición islámica también adora las huellas de los cimientos. En la mezquita de La Meca, llamada “casa de Dios”, se venera una antigua marca, el Maqam Ibrahim, la “estación de Abraham”. Según las tradiciones islámicas, las huellas de Abraham fueron impresas milagrosamente en la piedra cuando estaba a punto de construir la Kaaba junto a su hijo Ismael, padre de los árabes y antepasado de Mahoma. El Corán prescribe que

las oraciones rituales se realicen junto a la estación de Abraham y esta acción se ha convertido en una parte integral de la peregrinación islámica, el Hajj.

Mahoma es considerado por los musulmanes como un nuevo Abraham y sus pies se adaptan perfectamente a la huella dejada por su antepasado. Una huella profética llamada por los musulmanes *athar*, “rastro”, la misma palabra con la que la antigua terminología de los árabes del desierto definía el grabado sobre la pazuña del dromedario que permitía a cada maestro reconocer la huella inconfundible sobre la arena. La literatura islámica celebra el milagro de la huella del profeta a través de la poesía, como en estos versos de Taqi al-Din al-Subki del siglo XIV: “Tu paso ha dejado su huella en la piedra, no en la arena, ni en el valle de la Meca”.

En la imaginación islámica, una intervención sobrenatural no puede dejar su huella en un soporte maleable como arena o tierra-naturaleza efímera de este mundo, sino que puede dejarla en un soporte sólido como la piedra, que simboliza la realidad eterna de la vida tras la muerte.

Las huellas de los profetas, y las de Mahoma en particular, consideradas en su naturaleza como un molde negativo de una figura completa para indicar una presencia invisible, se adaptan perfectamente a la tendencia anicónica del islam. Representan un símbolo del camino religioso y espiritual, como afirmó el maestro sufi Junayd de Bagdad en el siglo XI: “Todos los caminos están cerrados a las criaturas, excepto el camino que pone sus pasos en los del mensajero de Dios, que sigue su tradición, y persiste en el camino que él ha indicado. Un camino lleno de bendiciones se abre ante él”.

Ibn al-'Arabi, siempre en Revelaciones de la Meca, describió su visión mística en la cual entendió que el camino de todo santo musulmán sigue las huellas de un determinado profeta, y en la que vio a su maestro andaluz 'Uryabi caminando sobre las huellas de Jesús’.

La veneración de las huellas de Mahoma, así como de sus reliquias en general, está estrechamente ligada a la difusión de la civilización islámica en la línea de la expansión de los diferentes imperios, después de que los soberanos los desplazaran a las capitales de sus reinos para legitimar su poder temporal desde el punto de vista religioso. Algunas de estas huellas, durante el siglo XVI, en la era Moghul, aparecieron en el subcontinente indio, donde la prác-



tica de la veneración de las huellas de Mahoma estaba muy extendida, encajando en una antigua tradición local en la que eran veneradas, entre otras, antiguas huellas atribuidas a Vishnu o al Buda Shakyamuni. El Imperio Otomano también heredó algunas de las huellas de Mahoma, que todavía se conservan en Estambul, en particular en el Palacio Topkapi, donde es posible ver dos ejemplares: el primero es una huella, del pie derecho, que se había conservado anteriormente en la provincia otomana de Libia, y el segundo, del pie izquierdo, se considera una copia de la huella que se encuentra en

la Roca de Jerusalén, tallada con gran maestría en una piedra negra manchada de amarillo.

La huella de Mahoma también se venera con la forma de sus sandalias sagradas, al-Na'layn, la más famosa de las cuales también se conserva en el Palacio Topkapi de Estambul. De este modelo sagrado deriva el motivo iconográfico de la sandalia de Mahoma, que conserva un valor simbólico similar al de la propia huella.

La sandalia de Mahoma se ha convertido en un símbolo del profeta del islam, y se encuentra frecuentemente en la poesía de alabanza hacia él, donde se trata a menudo la dimensión más sobrenatural y espiritual de su figura. Entre los muchos pasajes poéticos que citan las sandalias sagradas del profeta, destacan algunos versos atribuidos a la poetisa andaluza del siglo XIII Umm al-Sa'd al-Himyariyya: “Si no encuentro la manera de besar la sandalia del profeta, besaré su imagen, pero quizás conseguiré besarla en el lugar más luminoso del paraíso y frotarla en mi corazón para apaciguar la pasión que se despierta en ella”.

MEDITACIÓN HERMANAS DE BOSE

La pregunta siempre abierta

MARCOS 4, 35-41
C rucemos a la otra orilla”, dice Jesús a sus discípulos. Mientras atardecía “se desató un fuerte vendaval, y las olas entraban en la barca, que se iba llenando de agua” (4,37). ¿Y qué hace Jesús, el Maestro? Está durmiendo. Dormía “sobre el cabezal”, subraya el evangelista, no sin ironía.

Existen contrastes: el desencadenamiento violento de las fuerzas de la naturaleza se opone al reposo de Jesús (¿tal vez tan cansado que no despierta a pesar de la tormenta?), la “gran” tormenta a la “gran calma”, la palabra salvadora del Maestro al “gran” miedo de los discípulos: “¿No te importa que nos ahoguemos?” (4, 38). Están desesperados, se sienten abandonados ante la muerte y la raíz de todo miedo es siempre miedo a la muerte. Confiaban en Jesús, le siguieron mientras enseñaba a la multitud que “el Reino de Dios es como un hombre que echa la semilla en la tierra: sea que duerma o se levante, de noche y de día, la semilla germina y va creciendo, sin que él sepa cómo”, (Marcos 4, 26-27).

Jesús y sus hombres se enfrentan juntos a la oscuridad de la tarde que atraviesa el mar: están pasando de la enseñanza oral de las parábolas (cf. Mc 4, 1-34, siempre explicad a los discípulos que traten de comprender) al conocimiento de la fuerza que libera de las trampas del mal: después de este fragmento del evangelio, leemos otro sobre el hombre poseído por un espíritu impuro que nadie podía mantener atado ni siquiera con cadenas, un hombre que va al encuentro de Jesús y es liberado (cf. Mc 5, 1-20).

Jesús silenció al mar y al viento con el mismo poder que usó para expulsar a los demonios. Su palabra actúa, produce liberación, crea salvación, restaura vida. Es una palabra efectiva y fiable. En Jesús se reconoce la autoridad de Dios. “Despertándose, él increpó al viento y dijo al mar: «¡Silencio! ¡Cállate!»». El viento se aplacó y sobrevino una gran calma”, (4, 39). Y esto no puede sino despertar “gran temor” y abrir preguntas.

Y él les dijo: “¿Por qué tenéis miedo? ¿Cómo no tenéis fe?” (4, 40). Los discípulos son siempre

considerados como personas de fe frágil, sin embargo, permanecer con el Maestro supone no quedar atrapados en su ausencia, no detenerse en su pequeñez, comenzar de nuevo.

Jesús dice a los suyos y a nosotros: preguntad a vuestro miedo, dadles nombre a vuestros miedos; e intentad profundizar, afinar y arraigar vuestra fe, vuestra confianza, preguntándoos quién responde. Miedo y fe. Porque el miedo y la fe habitan en nuestras vidas, y la forma en que las vivimos revela la fibra de nuestra humanidad. Para vislumbrar la fe en la resurrección, no podemos evitar pasar por la muerte, el miedo, el asombro y el estupor, como las mujeres en la tumba (cf. Marcos 16:1-8).

Jesús siempre se refiere a nuestra fe-confianza, a nuestra capacidad de creer y la despierta, porque en cada persona hay semillas de confianza, quizás la esperanza de poder confiar, más allá de nuestra conciencia. A la mujer “asustada y temblorosa” le dice poco después “Hija, tu fe te ha salvado. Vete en paz, y queda curada de tu enfermedad” y al padre que le suplicaba le dijo



“no temas, basta que creas”, (Marcos 5, 34 y 36).

Nuestra historia termina dejando una pregunta abierta. Los discípulos se “quedaron atemorizados y se decían unos a otros: ¿Quién es este, que hasta el viento y el mar le obedecen?”, (4, 41)? Es la cuestión de la identidad de Jesús, que nos acompaña a lo largo del Evangelio, que impregna nuestra vida de creyentes, en el hecho de no tener todavía, y aun así, fe.

En la tarde, atravesando la oscuridad de nuestros días, podemos buscar y conocer la buena noticia, el evangelio que es Jesús, y reconocer quiénes somos, quiénes estamos llamados a ser, y quiénes tenemos al lado, cruzando nuestros temores y fortaleciendo nuestra fe, nuestra disposición a convertirnos en personas fiables.

Comida y mujeres

La relación más cercana es cuando ellas se convierten en alimento

de CRISTINA INOGÉS SANZ

Las mujeres generalmente tenemos más fluidez verbal que los hombres. Y, por extraño que parezca, incluso se nota en la preparación de la comida. Cuando las mujeres están en la cocina, hay más de lo que se puede ver. Pronto estarán presentes tres o incluso cuatro generaciones, porque una dice que su abuela añade otro ingrediente a esa receta, otra dice que su madre lo deja reposar un día y la dueña de la casa asegura que su tía le ha dado un truco que siempre funciona. Todo esto es mucho más que compartir y comunicar, significa crear comunidades con una historia y una memoria común.

Indudablemente, en la Biblia la primera relación de la mujer con la comida no parecía abrir un buen camino. La historia de Eva y el árbol del bien y del mal (cf. Génesis 3, 1-8) siempre ha sido interpretada a partir de la peor elección, en lugar de verlo como el riesgo que la mujer corría al entrar en el camino del conocimiento a pesar de la advertencia divina. A partir de ahí, es como si Dios, un conocedor del futuro que esperaba a la mujer, pensara en un escenario diferente donde la comida y la mujer tuvieran una relación más positiva que les permitiera ser un elemento esencial en la historia de la salvación.

Esta relación entre la comida y la mujer supera con creces la preparación de los alimentos que se necesitan para vivir. Y realmente se convierte en una condición para que, a través de la comida, su contexto y su ritual, la mujer pueda manifestar actitudes, comportamientos e incluso percepciones en la vida cotidiana, y también en situaciones extraordinarias. El servicio y el poder, la pasión y el placer, a menudo la vida y la muerte entran en



sexual debe ser el resultado de una libre elección individual, porque entra dentro del derecho del individuo. La libertad sexual, como libertad personal, se eleva así a la categoría de bien primario y, por lo tanto, la violación se convierte en un crimen contra la persona.

La protección individual se extiende también a los menores, es decir, a los menores de 14 años. Anteriormente, y esto en parte también ocurría con las mujeres, era crucial para determinar la gravedad del delito evaluar la conducta del niño, y sólo se protegía a aquellos que se consideraban “menores no corrompidos”. La nueva ley protege ahora a todos los niños, porque protege el valor de la persona, hasta el punto de que el niño también está protegido contra su voluntad.

Pero la situación de la mujer sigue siendo muy ambigua, y especialmente dentro de la institución eclesiástica, siglos de cultura centrada en la “peligrosa y tentadora mujer” empujan a clasificar esta violencia, aunque sea denunciada, como transgresiones sexuales cometidas libremente por ambas partes. Así pues, en el análisis de los abusos redactado por el Papa Francisco se nos ayuda una vez más: si señalas con el dedo el poder, el clericalismo, los abusos de las monjas toman otro aspecto y finalmente pueden ser reconocidos por lo que son, es decir, un acto de intimidación en el que el contacto se convierte en una violación de la intimidad personal. La diferencia de poder, la dificultad de denunciar por miedo a las represalias no sólo contra uno mismo, sino también contra la orden de pertenencia, explican el silencio que durante años ha envuelto esta arrogancia.

Así lo refleja también una historia reciente: a finales de los años noventa, dos monjas, la Hermana Maura O'Donohue y la Hermana Marie McDonald, tuvieron el valor de presentar informes precisos y detallados, investigaciones en profundidad y análisis de las situaciones más

expuestas a este tipo de intimidación. Pero el silencio cayó sobre sus denuncias, y es bien sabido que el silencio contribuye de hecho a dar seguridad a los violadores, que están cada vez más seguros de su impunidad.

En el último año muchos periódicos han vuelto a levantar el velo de esta tragedia, y muchas religiosas, tanto del tercer mundo como de los países avanzados, han comenzado a hablar, a denunciar: saben que tienen derecho a ser respetadas, saben que la condición de la mujer, incluso en la Iglesia, debe cambiar. Y saben que hacer este cambio no se trata sólo de nombrar a mujeres para los comités. Si seguimos cerrando los ojos a este escándalo -que se agrava aún más por el hecho de que el abuso de las mujeres conduce a la procreación y, por lo tanto, es el origen del escándalo de los abortos forzados y de los niños no reconocidos por los sacerdotes-, la condición de opresión de la mujer en la Iglesia no cambiará nunca.

La perspectiva en la que el Papa Francisco enmarcó el problema del abuso es la correcta, y se cruza con otra de sus demandas a la Iglesia: que se reconozca el papel que les corresponde a las mujeres. De hecho, es sobre esta evidente falta de reconocimiento de la mujer que se injerta la cultura del abuso, lo que hace posible una práctica masiva de intimidación indigna de cualquier cristiano. La denuncia de esta situación vino recientemente de la mano del Cardenal Marx, con una intervención publicada en el número de enero, y reiterada en una entrevista del *L'Osservatore Romano* al Cardenal Ouellet: con respecto a la cuestión femenina, «no tener en cuenta la “transformación que se ha producido en la sociedad” y el “progreso” de los últimos cincuenta años, representaría un “fracaso” para la Iglesia, que ya está “retrasada” en este horizonte».

Cuestión de tacto. Enfrentarse con el toque necesario, pero también con la valentía que nos pide el Papa Francisco.

comprender, por qué el discurso de Francisco suscitó tanta oposición, y cómo la compleja estructura eclesiástica todavía se oponía a su discurso, a su petición de purificación radical.

Vemos esto especialmente cuando miramos a uno de los dos miembros del grupo de víctimas de abuso, las mujeres. Mientras que para los menores la admisión y la consiguiente condena son obligatorias, ya que parten de una transgresión reconocida por el código penal, para las mujeres el discurso es más complejo y toca exactamente el corazón del análisis del Papa, el poder.

En las transformaciones de las leyes establecidas en los países occidentales, la violencia sexual contra las mujeres y contra los niños está siempre estrechamente vinculada. Tomemos el ejemplo italiano: el código Rocco, en vigor hasta 1996, castigaba todos los tipos de violencia sexual -sobre mujeres y niños- como un “delito contra la moral pública y el vicio”. Es decir, protegía un bien colectivo y no a la víctima, que desapareció, casi culpable de haber quebrantado una ley moral.

En 1996, gracias a la presión del movimiento feminista, finalmente se obtuvo una nueva ley: la violación es un delito contra la persona que tiene derecho a la intangibilidad sexual, y en consecuencia, la legislación renovada establece que la actividad

la intimidad, la identidad de la otra persona. Básicamente, la profunda realidad de una relación humana.

No se puede negar que se trata de una mutilación bien merecida, pero sigue siendo una mutilación.

Para volver a la libertad de dar una caricia, de tomar una mano, de poner un brazo en el hombro -de esto también está hecha la caridad- debemos encontrar una salida al escándalo de los abusos.

Cada gesto se ha vuelto sospechoso porque el significado simple, bueno y afectuoso de muchos gestos se ha utilizado no para tranquilizar y confirmar a otro, sino para violar la intimidad de un niño, de una mujer, es decir, de una persona débil.

El Papa Francisco dio la interpretación más fuerte y radical a esta crisis: no se trata de caer en la tentación de la carne, de los pecados sexuales, sino del abuso de poder, un abuso que proviene de una interpretación perversa del papel sacerdotal, de un mal que él llamó clericalismo.

Mientras que el pecado de la carne puede ser remediado por la conversión individual, el abuso de poder, el clericalismo, requiere un cambio más profundo, una revisión completa de la cultura católica y la preparación de los futuros sacerdotes, requiere un retorno a los orígenes del mensaje evangélico, que siempre habla de servicio y no de poder. Es fácil de



Sin tacto

de LUCETTA SCARAFFIA

Como nos enseñan los comentarios a los Evangelios, tanto el psicoanálisis como el tacto, que ocupan un lugar decisivo en la enseñanza del Evangelio, son un factor esencial en nuestra manera de conocer la verdad y de comunicarnos con los demás. Es un sentido oculto pero muy poderoso que involucra los aspectos más profundos de la mente humana. El hecho de que, desde hace años, como consecuencia del escándalo de los abusos, el tacto se haya convertido en una especie de contacto impracticable para los sacerdotes y religiosos con los niños y las mujeres, no es sólo una nueva forma de etiqueta y una forma de prudencia elemental para evitar la sospecha (a veces infundada), sino una verdadera mutilación de la vida de las relaciones, de la comunicación humana, del apostolado en la comunidad cristiana. En un momento histórico en el que la Iglesia se encuentra ya en una grave crisis de su capacidad de transmitir el mensaje evangélico, el corazón del mensaje cristiano, la imposibilidad de acariciar a un niño, de estrechar la mano de una mujer doliente o agitada, constituye una grave violación. Al negar la posibilidad de utilizar el tacto como forma de comunicación, resulta casi imposible comprender la capacidad del sujeto implicado para tratar la reciprocidad de la relación,

Si se silencian los abusos a religiosas, la condición de opresión de la mujer en la Iglesia no cambiará

juego en acciones cotidianas como el comer. La comida nos permite unirnos de diferentes maneras, dependiendo de la ocasión, porque facilita la comunicación. Es más, el alimento es como el sacramento natural de la comunión entre las personas que nos fue dado gratuitamente en el momento de la creación, cuando Dios vistió la tierra.

Conectamos la comida en Israel casi exclusivamente con rituales religiosos, olvidando que los judíos comían todos los días como cualquier ser humano. Esa comida, preparada por las mujeres a primera hora de la mañana, como leemos en Proverbios (cf. 31,15), ha permitido, en varias ocasiones, que la historia de la salvación encuentre menos obstáculos. Por ejemplo, que la recepción sea vivida en plenitud; que la fe profunda se manifieste; que la astucia y la estrategia tengan nombre de mujer; que la sexualidad se integre a través de la comida en la vida; que la sabiduría se manifieste en un ambiente tradicionalmente femenino; que algunas mujeres se conviertan en protagonistas de gestos que, con el paso del tiempo, repetidos por otras, habrían adquirido gran importancia; o que la guía espiritual fuera asumida por las mujeres.

Con la comida, Sara (cf. Génesis 18,6) y la viuda de Sarepta muestran hospitalidad, acogida y fe. Sara a la sombra de la carpa comparte el pan y la comida básica, con los invitados. El pan compartido, que es sinónimo de participar en una comida y establecer un vínculo, comienza a calmar el hambre de los invitados, que se alimentarán, con una promesa, la del hambre de Sara por ser madre, en una comunión mutua, para aliviar necesidades que tendrán una repercusión histórica.

La viuda de Sarepta (cf. 1 Reyes 17) en Sidón, tierra extranjera de Canaán donde aparentemente no llega la acción de Yahvé, confía en Dios por la promesa de Elías y le da todo su alimento. Mateo, en su Evangelio, nos habla de otra cananea sin nombre que, con la misma fe que la viuda de Sarepta y contenta con las migajas caídas de una mesa, pide ayuda a Jesús. La fe y la confianza abundan en las dos extranjeras, con la comida como medio de relación con Dios.

Durante el éxodo (cf. Éxodo 16,1-36), la Sabiduría (cf. Sabiduría 16,2) había dado el alimento que transformó a las mujeres en mensajeras y en memoria cotidiana de la promesa de Yahvé de dar a su pueblo una tierra donde fluyese leche y miel. Cada día, cuando al amanecer aparecía esa cosa granulosa desconocida, el maná, las mujeres preparaban con él pasteles muy finos, cuyo sabor recordaba a la miel y que acompañaba a las codornices.

Curiosamente, la relación entre la comida y la mujer está más ligada a momentos íntimos que a grandes banquetes, aunque en estos últimos también esté presente. En el anonimato más total, Noemí (cf. Rut 1, 1 - 4, 22), en una versión reducida de la tragedia de Job, es un estratega que transforma la adversidad en la posibilidad de resolver problemas familiares. Un puñado de mazorca de maíz le servirán de alimento a ella y a su nuera Rut, a la vez que alimentarán la estrategia que garantizará la prórroga de su casa, convirtiendo así a Rut en la novia de su libertador y, lo más importante, en la abuela del rey David, de cuya sangre nacerá Jesús. Pero también hay



banquetes donde aparecen mujeres como Judith y Ester, cuya fuerza y coraje podrían haber parecido actitudes más apropiadas para hombres. Judith y Ester usan la astucia y la estrategia para salvar a Israel del peligro de la destrucción de una manera diferente. Es como si la audacia necesitara un escenario suntuoso, con luces y taquígrafos, siendo una cuestión de estado y de justicia. Aunque Jaeel (Jueces 4,17-24), para proteger a su pueblo de Sísara, solo necesita audazmente la intimidación de su carpa y un poco de leche para que estos se derrumben, agotados en su sueño para matarlo. En estos episodios, Noemí, Giaele, Giuditta y Ester (cuya hazaña se convierte en fiesta hasta el día de hoy, la de Purim) han allanado el camino para el paso de la historia de la salvación.

Comer en familia permite a las mujeres tener una cierta frecuencia de visibilidad pública. Las tres hijas de Job son invitadas por sus hermanos a compartir la comida (cf. Job 1:4) y a compartir la bendición de Dios, manifestada en la abundancia de comida.

El Cantar de los Cantares, un libro que rompe con los demás de la Biblia, considera al hombre y a la mujer iguales en su pasión por saborear y disfrutar. Él es como un fruto dulce (cf. 2,4). Ella como granadas, nardo, azafrán, canela (cf. 4,13-14), leche y miel (cf. 4,11) para el amado, símbolos de Israel que la transforman en tierra prometida, acogida y equilibrio entre armonía y pasión para la fiesta de los sentidos.

La relación más cercana es cuando la mujer misma se convierte en comida, la que alimenta a su hijo. Durante el embarazo, proporciona al feto los nutrientes que necesita para desarrollarse. Cuando el bebé nace, la lactancia se está dando por sí sola y no hay un vínculo de unión más grande entre dos personas. El evangelista Lucas pondrá en boca de una mujer las palabras que unen a Jesús y a

su madre con la comida como un vínculo: “¡Feliz el seno que te llevó y los pechos que te amamantaron!” (11, 27).

Y, sin embargo, la relación entre la comida y la mujer no termina con una actitud valiente, con la capacidad de acoger, con la confianza ante la promesa, con la pasión por degustar o por ser la comida misma. Jesús dirá: “El hombre no vive solamente de pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios” (Mt 4, 4). Esta palabra de la boca de Dios es también un pan que la mujer amasa, porque ella también transmite la Palabra.

El pan, alimento básico de la Biblia compuesto de harina, agua y levadura, es lo que identifica a la persona de Jesús, el pan de vida (cf. Jn 6, 35). Su pasta comenzó a ser procesada con el sí de María. La historia de la salvación se cuenta como un pacto matrimonial y en esta historia las historias de amor comienzan cerca de pozos donde las mujeres van a sacar agua, elemento principal de la comida y de la comida en sí misma, porque se puede aguantar más tiempo sin comer que sin beber. Junto a un pozo hay parejas como Rebeca e Isaac, Raquel y Jacob, Sefora y Moisés. Es un hilo conductor. ¿Por qué privar a María de vivir la experiencia de la Anunciación junto a un pozo como mujer ligada a la historia de la salvación, aunque sea de una manera especial? ¿Por qué eliminarlo del escenario simbólico del agua de vida y, en su caso, del agua de vida?

Quizás María estaba al lado de un pozo cuando oyó que el Pan estaba empezando a tomar forma en su vientre; aquel Pan nació en Belén, que significa “casa del pan”; que su madre lo alimentó de sí misma cuando era un niño; que creció comiendo la comida normal preparada por María; que de adulto parece ser que le gustaba comer y beber porque se le acusa de ser “un glotón y un borracho, amigo de publicanos y pecadores” (Mateo 11,

19); y que al final de la vida se convierte en Pan partido. Falta todavía un aspecto de su madre común a las mujeres de Israel. Las madres cuidaban de sus hijos hasta los doce años, cuando pasaban a depender directamente de sus padres. ¿Hasta ese entonces habrá alimentado, en el plano espiritual, María a Jesús de niño? Recordemos que María le seguirá mucho después de los doce años y que en las bodas de Caná atará su figura al agua y al vino cuando se dirija a su hijo para mantener un ambiente de alegría durante el banquete, imagen por excelencia del Reino, donde no se puede estar triste y vestido de luto, como a menudo recordará el mismo Jesús.

María es alegre y atenta, combinando el vino, la bebida por excelencia, y el agua, elementos ligados al simbolismo de su hijo: la copa de vino en la última cena, y el agua a su lado hasta la crucifixión.

Que las mujeres no aparezcan en la última cena no significa que no estuvieran presentes, ya que tal vez algunas de ellas pueden haberla preparado. Tal vez los autores las dejaron en segundo plano asumiendo que todos eran conscientes de su presencia en la cena ritual más importante. Por eso, el gesto de compartir el alimento básico, el pan, aunque en la última cena tiene un significado más profundo, refleja la imagen de la comunidad de vida entre hombres y mujeres presentes en Sara, en la viuda de Sarepta, en las hijas de Job, en los amantes del Cantar de los Cantares, y que concierne a todos para que no nos olvidemos de las palabras de Jesús: “Esta copa es la Nueva Alianza que se sella con mi Sangre. Siempre que la beban, háganlo en memoria mía” (1 Corintios 11, 25). Esta alianza es para todos.

En el Evangelio de Juan vemos el significado “práctico” de esa cena en el lavado de los pies. Un gesto que un poco antes había hecho una mujer, en el contexto de un banquete, derramando perfume sobre Jesús, quien profetizó que por ello se acordaría de ella. Una relación diferente entre el comer y la mujer, en un ritual cotidiano, pero con un sentido profundo. Su gesto adquiere calado e importancia con sus palabras y gestos.

La levadura es un elemento del pan. Las mujeres del Nuevo Testamento actuarán como levadura que permite el crecimiento del Reino. No las veremos ligadas tanto al acto de amasar o cocinar como al compartir y cuidar de las personas, gestos que forman parte de la nutrición. Marta, la mujer ocupada a la que Jesús recomienda un poco de paz mental (cf. Lc 11, 38-42), será la encargada de proclamar públicamente su fe y su imagen será redimensionada como levadura para la comunidad dibujada en el texto (cf. Jn 11, 27).

Pablo presenta a mujeres que actúan como verdaderas ministras del nuevo pacto (cf. 2 Corintios 3,6). Febe es una de ellas y nada le impide pensar que no dirigía una iglesia doméstica, lo que implicaba tener que ocuparse de todo lo que la comunidad pudiera necesitar: sin duda el alimento que nutre el cuerpo, pero también el que nutre el espíritu.

En la Biblia, alimento y mujer significan, en definitiva, una cultura de las relaciones amplia y variadamente vivida, compartida material y espiritualmente en el pan como alimento básico y en el pan como palabra de vida.

La autora

Cristina Inogés Sanz, católica, completó sus estudios en la Facultad Seut de Teología Protestante de Madrid y trabaja en el Arzobispado de Zaragoza, España. Durante diez años (2004-2014) escribió para “Predicaciones”, la sección en español de la Facultad de Teología de Göttingen, Alemania, y colabora con “Reflexiones diarias”, publicación de la Iglesia Evangélica de Río de la Plata (Argentina) y con la revista mensual “21 la revista cristiana de hoy”. Entre sus publicaciones: *Viacrucis de la misericordia* (PPC, 2016), *Charitas Pirckheimer, Una vela encendida contra el viento* (Editorial San Pablo, 2017), *El Cantar de los Cantares. Don, compromiso y regalo* (PPC, 2017), *La sinfonía femenina (incompleta) de Thomas Merton* (PPC, 2018).





FORMACIÓN DE EXCELENCIA A TU MEDIDA


UNIVERSIDAD PONTIFICIA DE SALAMANCA | Campus en Salamanca y Madrid





www.upsa.es



DESCÁRGATE
LA APP
DE LA UPSA

 @upsa

 @upsa.es

 @upsa_salamanca

DOBLES GRADOS

- ✓ Periodismo + Comunicación Audiovisual
- ✓ Comunicación Audiovisual + Periodismo
- ✓ Publicidad y RR.PP. + Marketing y Comunicación
- ✓ Marketing y Comunicación + Publicidad y RR.PP.
- ✓ ADET + Ingeniería Informática
- ✓ Ingeniería Informática + ADET

ESTUDIOS: Administración y Dirección de Empresas Tecnológicas / CC. de la Actividad Física y del Deporte / Comunicación Audiovisual / Derecho Canónico / Enfermería / Filosofía / Fisioterapia / Ingeniería Informática / Logopedia / Maestro en Educación Infantil / Maestro en Educación Primaria / Marketing y Comunicación / Periodismo / Psicología / Publicidad y Relaciones Públicas / Seguros y Finanzas / Teología

